

Una incógnita sin despejar

<<<



CHUS MARCHADOR

►► Presente ► La junta actual de la Academia, en una reunión mantenida el pasado lunes.



EL PERIÓDICO

►► Conferencia ► Reflejo en la prensa de la visita de Einstein a Zaragoza.

El misterio de la pizarra de Einstein

La Real Academia de Ciencias cumple hoy el primer centenario de su fundación ≡ Trajo al científico a Zaragoza y la universidad ordenó guardar el encerado donde escribió, pero nadie sabe qué fue de él

J. OTO
joto@aragon.elperiodico.com
ZARAGOZA

Surgió un 27 de marzo del 1916 a iniciativa de un grupo de catedráticos de la Facultad de Ciencias con la intención de crear un mecanismo de unión entre profesores del centro y profesionales de los institutos de enseñanzas medias. Aunque la historia de la Academia de Ciencias, Físicas, Químicas y Naturales de Zaragoza se remonta a 1886, año en el que el profesor José Muñoz del Castillo, decano de la Facultad de Ciencias, propuso su constitución, pero el proceso se paralizó durante muchos años hasta la aprobación del reglamento, en 1916. La Academia de Ciencias, con sede en el actual Paraninfo —donde se ubicaba la entonces denominada Facultad de Medicina y Ciencias— nacía con el objetivo de volcar todo ese conocimiento en la sociedad zaragozana.

Estaba distribuida en tres secciones: Ciencias Exactas (con la presencia de ilustres como Zoel García de Galdeano —presidente—, Manuel Lorenzo Pardo, Miguel Mantecón, Patricio Mozota, José Rius y Casas, Adoración Ruiz Tapiador, Graciano Silván González), Físico-Químicas (Gonzalo Calamita

Álvarez, Hilarión Gimeno y Fernández-Vizarra, Antonio de Gregorio Rocasolano, Román Marcoláin San Juan, Manuel Martínez-Risco Macías, José María Plans Freyre, Paulino Savirón Caravantes) y Naturales (Pedro Ayerbe, Juan Bastero Alerga, Jesús María Bellido i Golferich, Pedro Ferrando Más, Longino Navas, Pedro Ramón y Cajal —hermano de Santiago— o Cayetano Úbeda Sarachaga).

Fue en los años 20 cuando la Academia de Ciencias saltó al primer plano del escenario científico

La academia echó a andar con vocación científica, pero también social. «Entonces, Zaragoza estaba en lo alto de España en ciencia y la Academia tenía en sus filas a cinco premios nobel como correspondientes —los académicos tenían que vivir en Zaragoza y, cuando alguno de ellos conseguía una cátedra fuera dejaba de ser académico numerario para convertirse en académico correspondiente—. Entre ellos, por ejemplo, Santiago Ramón y Cajal, correspondiente de la academia desde su

fundación», recuerda Antonio Elipe, presidente actual de la Real Academia de Ciencias. Blas Cabrera, Esteban Terradas, Julio Rey Pastor, Leonardo Torres Quevedo, Julio Palacios, Alberto Galindo Texeira y los extranjeros Jacques Hadamard, Albert Einstein, Jean Baptiste Perrin, Paul Sabatier, Richard Adolf Zsigmondy, y Efim Zelmanov Medalla Fields también fueron correspondientes.

Prestigio

El paso de los años aportó prestigio a la institución, pero fue en los años 20 cuando la Academia de Ciencias saltó al primer plano del escenario científico. En marzo de 1923, Albert Einstein, que acababa de recoger el premio Nobel, había aceptado la invitación de la institución para acudir a Zaragoza. Todo un acontecimiento de primer nivel. «La invitación se realizó entre la sección de Exactas y de Fisicomatemáticas. Era famoso en toda Europa y aceptó venir a dar una conferencia en Ciencias con Royo Villanova como rector de la universidad. Se vistió como un acto social al que acudió la flor y nata de la sociedad aragonesa», explica Elipe.

Einstein comenzó a escribir en la pizarra y a hablar en alemán, ante el desconcierto de

los asistentes, que no entendían nada. Así que el rector dio orden de cerrar las puertas de acceso a la sala para evitar que el público saliera antes de tiempo. «Los que conocían el idioma aseguraron que fue una charla muy interesante», matiza Elipe.

Del encerado nunca más se supo. Royo Villanova dio orden de custodiar las dos pizarras que llenaban prácticamente toda la pared. Y así se hizo. Fueron des-

En marzo de 1923, Albert Einstein había aceptado la invitación de la institución para acudir a Zaragoza

montadas, se prohibió borrar lo que el genio había escrito y se custodió su testimonio hasta que se perdió su pista. «Estuvo guardada mucho tiempo pero nadie sabe dónde está esa pizarra. Se guardó como oro en paño como tributo al sabio, pero nadie sabe nada», admite Elipe.

En su visita a Zaragoza, el científico quedó impresionado por el Pilar, la Lonja, la Aljafería y la Seo, sobre todo esta última. Tuvo tiempo para tocar el violín, acudir al Teatro Principal y, en su último almuerzo, oír a una

rondalla que le emocionó vivamente. Tanto que, según recogió la prensa, «abrazó y besó con gran entusiasmo» a una joterita. Tras un cese total de actividades durante la Guerra Civil española, la Academia reanudó su actividad en 1942 y se revitalizó en 1945, cuando su presidente, Paulino Savirón Caravantes, constatando que el número de académicos había descendido hasta 7, decidió la entrada de 15 nuevos académicos y la reanudación de la publicación de la Revista de la Academia.

En 1962 la Facultad de Ciencias dejó la sede que compartía con la de Medicina desde principios de siglo y pasó a tener edificio propio en la nueva Ciudad Universitaria de Zaragoza. La academia también se trasladó ocupando un despacho en el nuevo edificio. Hay quien sostiene que fue en esa mudanza cuando se perdió la pista de aquella pizarra en la que Einstein escribió. En los 70, con el renacer de la ciencia en España, resurge la actividad de la academia, que ahora está compuesta por 40 académicos. «Hoy la ciencia se hace en laboratorios, grupos de investigación o departamentos universitarios y la ciencia como academia se ha perdido». ≡